

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



CONSUELO MESEJO

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



¡Caspitina! ¡Ya pareció aquello!

Hacia cuatro años que no habíamos oído hablar en los periódicos del último superviviente de Trafalgar.

¿Se ha acabado el *mineral* ese? nos preguntábamos llenos de dolor.

Pero no, ahí en Francia está el último.... por ahora. Se llama Cartigny, y ya creo que hemos hablado de él en alguna ocasión, y aún hemos confundido su nombre con el de Castagny ó Castaña, si no recordamos mal.

Cartigny ha teleografiado al czar de Rusia.

Esta noticia la encontramos en un periódico portugués que es donde está más en carácter.

He aquí el texto en luso:

«A sua magestade ó imperador da Russia.— Luiz Cartigny, cavalleiro da Legião de Honra, último sobreviviente do combate de Trafalgar vê hoje passar o suo centenario. Tao perto de Deus envia á sua benção ao magnanimo czar, á sua angusta familia, é saúda á aurora de uma amisade eterna entre á Russia e a França.— *Cartigny*».

El czar ha dado las gracias en otro telegrama.

Cuando un hombre ha llegado á cien años, como dice el último combatiente de Trafalgar, no sabemos que tenga maldito el humor para bendecir á czares y saludar auroras; pero así son los últimos marinos del célebre combate; raros en grado superlativo.

No sabemos si en España queda todavía algún Cartigny, pero si quedase le aconsejaríamos que bendijese al general Martínez Campos, que buena falta le hace y que abogase por la *eterna amisade* de los Sres. Silvela y Romero Robledo.

Y eso le tendría que agradecer el Sr. Canovas.

Ha sido nuevamente robado el almacén que la compañía arrendataria de tabacos tiene en el Grao de Valencia. Los ladrones abrieron un agujero por la cubierta del depósito y se llevaron algunos fardos de tabaco.

Ahí tienen Vds. unos ladrones á quienes yo no haría nada, si es que se han llevado ese tabaco con ánimo de fumárselo. En el pecado se llevarían la penitencia.

Ahora, si han hecho esa sustracción con el objeto de vender el tabaco al público, habrá de perseguirselos como si fuesen envenenadores ó taberneros barceloneses, que es igual.

Robar á la Tabacalera sus productos es como robar una fábrica de puñales de Albacete.

Pueden pues, estar los valencianos prevenidos, y si hay alguno que les ofrece tabaco barato

deben echarle inmediatamente mano y ponerlo preso, porque á buen seguro que es uno de los ladrones.

También los médicos deben estar sobre aviso con las enfermedades de los bronquios que se les presenten, porque pueden asimismo haber sido producidas por el tabaco irregularizado en el Grao.

De todos modos, este robo debe poner sobre aviso á todos, sobre todo á los basureros y expendedores de estiercol.

Desde el momento que roban el tabaco de la Tabacalera, ya no tienen segura su mercancía.

Un episodio curioso ha sucedido en la línea del Great Westurn Raid-way (Inglaterra).

Iba un viajero en un wagon de primera clase sentado al lado de varias señoras.

De repente, se levanta y dice:

—Tengo necesidad de quedarme solo, con que bájense ustedes.

Como el tren iba á toda máquina las señoras, naturalmente, se negaron.

Insistió el original viajero, y las pobrecillas ladys se arremolinaron en un rincón del departamento.

Entonces aquel misántropo cojió á la más joven por la cintura, y abriendo la portezuela la arrojó á la vía.

Otro tanto iba á hacer con las demás, cuando la gritería que armaron las mujeres hizo parar el tren, se presentaron dos conductores y sujetaron al viajero que de un modo tan espeditivo quería quedarse solo.

Si el sistema ese se propaga y siempre que estorben las mujeres va uno á arrojarlas por una ventana, no podrá uno pasar por las calles.

A lo mejor, desde un tercer piso le caería encima al transeunte una suegra, una mujer casada ó una cuñada, dejándole aplastado en la vía pública.

Por que será cosa de ver la prisa que se darán algunos ciudadanos irascibles á arrojar á la calle las señoras que les molesten.

Se dice que el viajero á que nos referimos era un loco; pero no nos atreveríamos á asegurarlo.

Si las señoras que viajaban con él eran unas bachilleras comprendemos su resolución.

Nadie está obligado á viajar con cotorras.

Después de *Madrid en broma*, nuestro querido amigo Luis Taboada ha dado á luz otro libro titulado *La Vida cursi*. Están por lo tanto de regocijo las letras españolas.

El que quiera reirse con una risa sana, de esas que dejan una estela de alegría en el alma, que desde luego lea *La vida cursi*.

En ella verá el lector una serie de cuadros llenos de una observación y de una *vis-cómica* inimitable.

Con motivo de la publicación de *Madrid en broma* dijimos que Luis Taboada era de los es-

critores que más descorazonaban á los que cultivamos el género festivo con sus puntos de satírico, y lo volvemos á repetir con motivo de su última publicación.

¡Cómo llegar á aquella difícil facilidad! ¡Qué escenas las que pinta Luis Taboada! ¡Qué tipos más deliciosos! ¡Qué salidas más inesperadas! ¡Qué diluvio de gracias!

Se coje el libro y no se deja hasta que se concluye.

Taboada es hoy día el escritor festivo más popular de España, y su firma la más solicitada de diarios y semanarios.

Es el alegre escritor del hogar, por que dicho sea en honra suya, todos sus artículos pueden ser leídos por toda clase de personas, y nunca hay en ellos nada que pueda ofender la decencia y el pudor.

Conozco familias enteras que así que pueden coger un artículo de Taboada y se reúnen para leerlo en alta voz y saborearlo.

En otro lugar de LA SAETA verán nuestros lectores una muestra de los trabajos de *La vida cursi*.

Hemos copiado el primero, la autobiografía, á causa de alguna observación justísima que encierra, que nosotros también hemos tenido ocasión de apreciar.

Solo debemos de agregar que el libro va ilustrado por el dibujante Pons, que es todo un artista.

Y con esto y con desear á Vds. que me den las gracias por mi recomendación, se despide de Vds. por esta semana,

ELIDAN.

LA CABEZA Á PÁJAROS

I

DE SOBREMESA.

—¡Ajajá! ¡Perfectamente!
Me ha sentado bien la cena.
¿Qué tal la noche?

—Muy buena.

—A ver, á ver... ¡Excelente!
Cielo limpio y estrellado;
hermosa temperatura...
Pues, señor, se me figura
que el tiempo se ha asegurado.
—¿Y qué?

—¡Que somos felices!

Mañana, querida esposa,
si no mandas otra cosa
me voy á cazar perdices.
—¿Otra vez de caza?

—¡Sí!

—Válgame Dios, ¡qué manía!
—¿Qué quieres, Tomasa mía?
¿Qué quieres? ¡Yo soy así!
Con la escopeta en la mano
me paso alegre la vida.
No hay cosa más divertida,
ni hay ejercicio más sano.
—¿Que es sano? ¡Qué desvarío!
En la última expedición
pillaste una insolación
de padre y muy señor mío.
—No te lo niego, Tomasa,
mas ya sabes por qué ha sido.
—¿Por qué?

—Por que distraído
me dejé el sombrero en casa.

—¡Si eres el hombre más raro!
Por olvido ó por simpleza,
siempre tienes la cabeza
á pájaros.

—¡Pues es claro!

¿A pájaros? ¡Sí señor!
¿A pájaros? ¡Bien está!
Eso te demostrará
que soy un gran cazador.
Nadie á certero me gana;
tú no sabes lo que dices.
Mañana traeré perdices
para toda la semana.

—¡Pero ven acá, infeliz!

¿Para qué tantos apuros
si te sale á cuatro duros
lo menos cada perdiz?

—¡Qué exageración!

—¡No hay tal!

Entre viajes, provisiones,
propinas y municiones
te gastas un dineral.

—Bueno, basta de sermón.

Sácame el traje de pana
y dispón para mañana
un poquito de jamón
cocido, que es excelente;
dos truchas, una tortilla,
el queso, una francesilla
y el tarro del aguardiente.

—¿Y nada más? Pues no es mucho.

—A ver qué me falta? ¡Nada!

¡Ah! ¡sí! Dile á la criada
que dé de cenar al *chucho*.

¡Y que coma bien, cuidado!

Pues si va con hambre el pobre

la primer pieza que cobre

se la zampa de un bocado.

Con que, adios, Tomasa mía.

—Adios, Blas.

—Voy á acostarme.

Que no dejen de llamarme
en cuanto despunte el día.

II.

DE MADRUGADA.

¡Blas! ¡Arriba! ¡Qué dormido!
¡Blas!... ¿Todavía en la cama?
¡Pero, Blas!

—¡Eh! ¿Quién me llama?

—¡Anda! ¡Que ya ha amanecido!

—¿Y qué?

—¡Sueño más pesado!

—¿Qué quieres?

—¡Calamidad!

¿No vas de caza?

—Es verdad,

ya se me había olvidado.

—¡Sí no he visto una mollera
como la tuya, marido!

—Pero, mujer, un olvido....

Eso le pasa á cualquiera.

—¿Un olvido? ¡Cielo santo!

¡Si sólo tuvieras uno!...

—Vaya, dame el desayuno
que enseguida me levanto.

¡Andando! ya estoy dispuesto.

—Toma el sombrero.

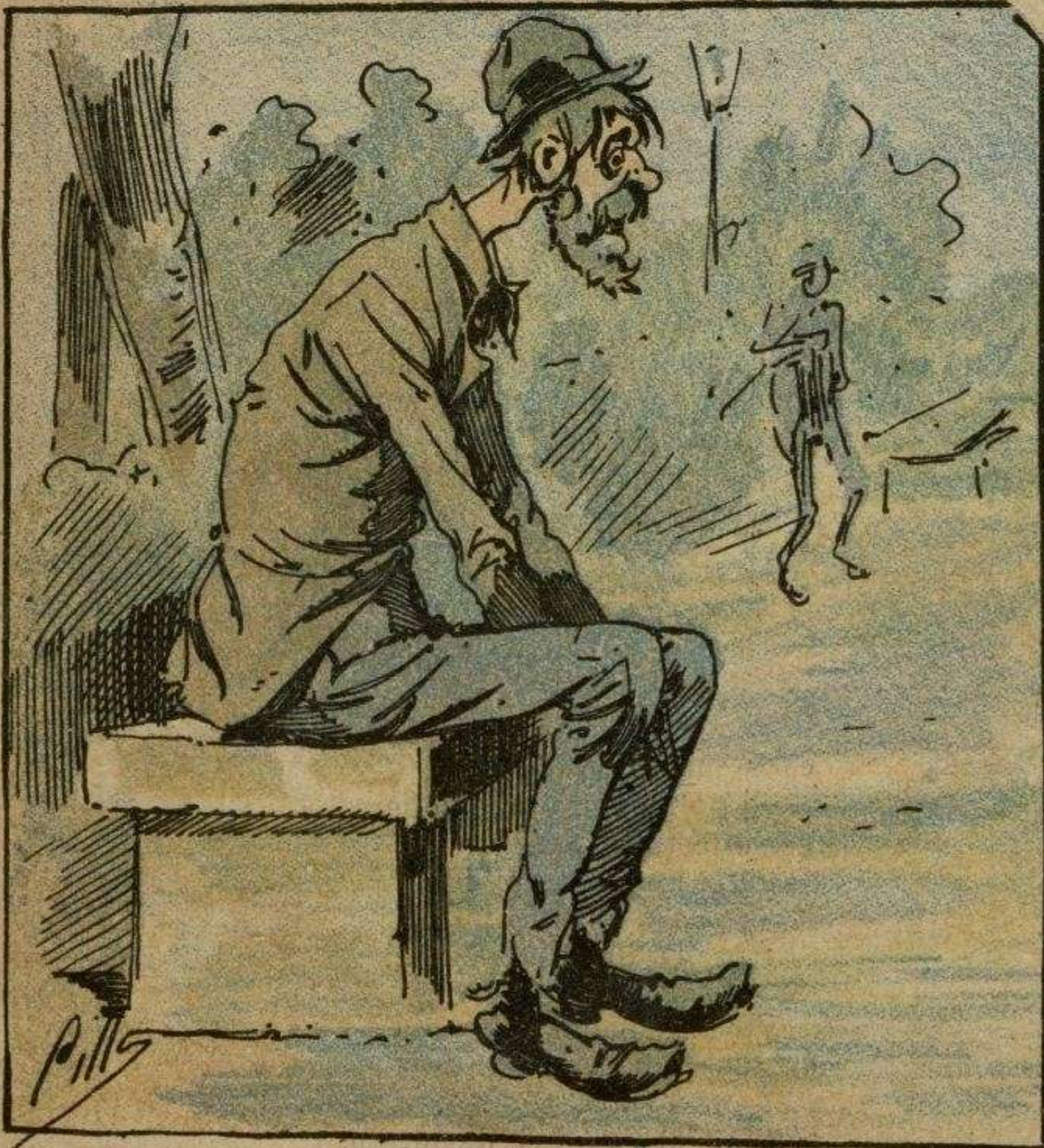
DE AQUÍ Y DE ALLÍ



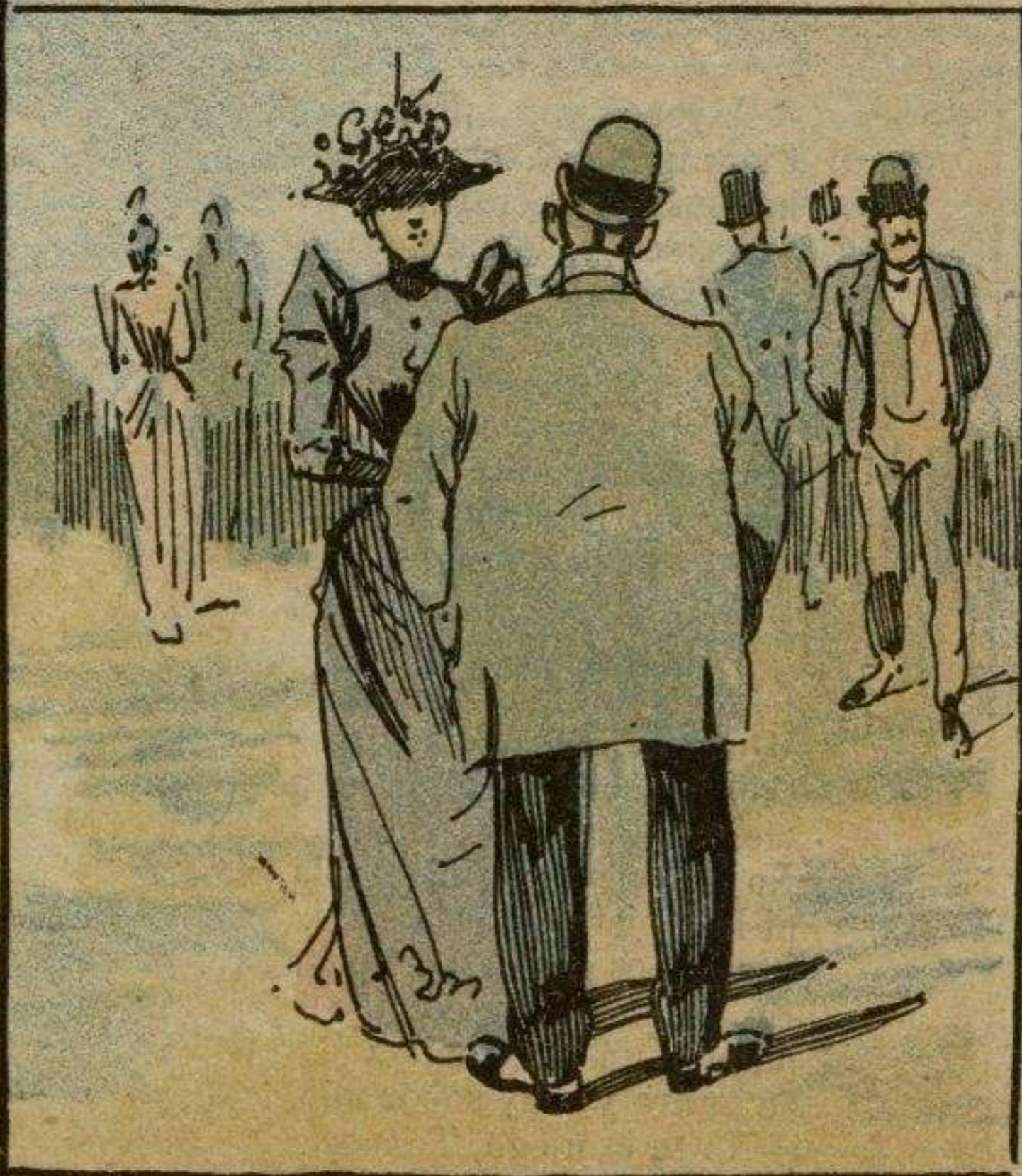
—Su esposa ha tenido un lío
y se escapó con Tomás.
—¿Qué es lo que escucho, Dios mío?
—Lo que usted oye, D. Blás.



—Ahora que tengo todos los huéspedes
acostados, voy á pasarles registro de bol-
sillos á ver si puedo cobrarme algo.



Con este hambre feroz yo me deslomo,
y así que pase un niño... ¡me lo como!



—Ayer noche te esperaba
con la cena y tú no vienes.
—Es que anoche, yo no estaba,
chiquilla, para belenes.



—¿Pero V. vendrá con buen fin, señorito?
Ya lo creo; con un fin excelente para tí. Dentro de unos meses
serás la nodriza más hermosa de la Corte.

—¡Ajajá!
 ¿Dónde está el perro?
 —Aquí está.
 ¿Volverás hoy?
 —Por supuesto,
 —¿Lo llevas todo?
 —¡Mujer!
 Piensas que tan poco valgo?
 —Pudieras olvidar algo.
 Fíjate bien.
 —Voy á ver...
 El saca-trapos... los lentes...
 la comida está completa...
 y la canana repleta
 de cartuchos diferentes...
 el cinto... la bolsa... el vaso...
 el dinero en los bolsillos...
 los fósforos... los pitillos...
 y el árnica, por si acaso.
 ¡Todo está!
 —Me alegró mucho.
 —Me voy, que el tiempo se pasa.
 Hasta la noche, Tomasa.
 —Que no tardes.

—Anda, *chucho*.

III

EN EL CAMPO.

Molidos todos los huesos,
 empapados de sudor
 con un sol abrasador
 que le derrite los sesos,
 allá va Blas derrengado
 hace seis horas ó más
 sin hallar el pobre Blas
 las perdices que ha soñado.
 Cazador impenitente
 sigue adelante... adelante,
 hasta que ya, jadeante,
 se sienta junto á una fuente.
 El perro se echa á su lado
 y le mira de hito en hito,
 como diciendo: Amiguito,
 nos hemos equivocado.
 —¡Pues, señor, cosa más rara!
 ¡Esto tiene mal cariz!
 No se encuentra una perdíz
 por un ojo de la cara.
 ¡Y aquí mismo el otro día
 ví más de veinte, á mi gusto!
 ¿Si se habrán muerto de susto
 al saber que yo venía?
 Por mi mujer, por Tomasa,
 únicamente lo siento.
 ¿Qué dirá si me presento
 sin ninguna pieza en casa?
 ¿Quién sufre sus cuchufletas?
 ¡Andando! ¡A probar fortuna!
 Allá abajo, en la laguna,
 debe de haber gallinetas.
 Dicho esto se levantó,
 y aunque con algún trabajo
 echó Blas por el atajo
 y á la laguna llegó.
 Lanza el *chucho* sin recelo
 al fangoso espadañal,
 y con placer especial
 ve Blas que remonta el vuelo
 una hermosa gallineta;
 va á tirar, y—¡oh suerte impía!—
 ¡¡al infeliz se le había
 olvidado la escopeta!!...

VITAL AZA.

YO (')

(AUTOBIOGRAFÍA)

¿Que por qué nací?
 Contestaré con el silogismo de un inolvidable
 escritor cómico:

«Yo no nací, me nacieron. ¿Cómo había de
 nacer si no existía?»

Ello fué que vine al mundo allá por los años
 de 1850, á eso de las seis de la tarde, en la ciu-
 dad de Vigo, cuna de Mendez Nuñez.

No hay para qué decir con cuánta satisfacción
 fui recibido por mi familia.

—¡Un niño! ¡Qué suerte!—exclamaba una de
 mis tias, que falleció el año pasado completa-
 mente soltera.

—¡Un niño! ¡Qué mono!—agregaba mi abue-
 lita, llevada del natural optimismo.

Pero aquí, para *inter nos*, debo decir que la be-
 lleza no ha sido nunca en mi dote sobresaliente.

«Feíto, pero gracioso», hé aquí mi cualidad
 distintiva.

Apenas conservo recuerdos de mi niñez, que
 se deslizó plácida y sonriente á orillas del Atlán-
 tico; solo ha quedado viva en mi memoria la
 imagen del maestro de escuela, un D. Bonifacio
 que tenía la cara lo mismo que un azucarillo, y
 decía *cercunferencia* y *perposición*.

Aquel animal, que en paz descansa, trató de
 hacerme aprender el *Fleury* de memoria; pero
 se fué al otro mundo sin tener esta satisfacción,
 y es hoy el día en que no sé distinguir á los cal-
 deos de la Samaritana, ni he podido enterarme
 jamás de los disgustos que ha habido en la fa-
 milia de Jacob, cuyos pies beso.

En fin, yo, aunque me esté mal el decirlo, era
 uno de los muchachos más torpes del estableci-
 miento docente, y la esposa del maestro decía de
 mí que ojalá me muriera, porque estaba aca-
 bando con la salud de su marido á fuerza de dis-
 gustos.

Un día, D. Bonifacio, cogió y me puso de pa-
 titas en el arroyo, diciendo con la mayor deses-
 peración:

—¡Anda y que te eduque el obispo!

La maestra me despidió con un escobazo, y
 yo entré en mi casa mustio y cariacontecido,
 arrojándome en brazos de mi familia, que por
 todo consuelo me estuvo dando pellizcos y moji-
 cones desde las once y cuarto hasta despues de
 la una.

A aquella hora mi tío el presbítero, que tenía
 un genio lo mismo que un tiburón, me cogió por
 el pellejo del cogote, y despues de sacudirme
 con mucha violencia, me habló así:

—Usted no tiene decoro, ni imaginación, ni
 piedad cristiana; usted es un animal, y me que-
 do corto. ¿Cuántas son las virtudes teologales?

—Sobre cinco, poco más ó menos.

En vista de esta respuesta, me pegó otro poco,
 y despues, en consejo de familia, quedó acor-
 dado que yo había de ser presbítero, á ver si
 entre la teología y los ayunos se me iba desa-
 rrollando el cerebro.

Pero todo fué inútil, y llegué á los catorce
 años sin saber nada, nada absolutamente; pero
 con un título de bachiller en artes, que daba
 gusto verlo.

(1) Del libro *La vida cursi*, texto de Luis Ta-
 boada, dibujos de Pons. Véndese á 3'50 pesetas en
 todas las principales librerías.

Ya por entonces bullía en mi cráneo el deseo de consagrarme á las letras de molde, y contrariando los propósitos de mi tío el clérigo, escribí varias poesías dedicadas á diferentes chicas de la localidad.

A consecuencia de unas octavas reales tituladas *El Verdugo doméstico*, vino el padre de una de las chicas, y me pegó dos patadas en ambos vacíos, con lo cual se me quitó la manía de satirizar á las personas mayores, sobre todo cuando tenían puestas las botas.

No quiero recordar la época de mi vida que siguió á estas patadas y á aquellos endecasílabos. Diré solamente que, abandonando las aulas por el periódico, vine á Madrid el año 70 y comencé á hacer las primeras armas en *El Cascabel*, más tarde en *El Mundo cómico* y despues en *El Solfeo*.

Por entonces tambien escribí alguna cosilla para el teatro, y no sé si á causa de esto ó de una mojadura, tuve una erupción que á poco me lleva Pateta.

Más tarde fui y me casé.

Y aquí empieza lo más grave del asunto, porque el casado casa quiere, y los comestibles se pusieron por las nubes al día siguiente de mi matrimonio.

Despues comenzaron á nacerme niños, y hoy estoy... ¡hasta aquí! (señalando la coronilla).

* * *

Por lo demás, la vida del escritor público es sumamente agradable.

Cierto que se gana poco y que el continuo trabajo intelectual va concluyendo lentamente con la salud y con la alegría; pero en cambio...

—¿V. es Taboada?

—Servidor de V.

—¡Cuánto lo celebro!

—Gracias.

—¡Caramba! Escribe V. mucho.

—No lo puedo remediar, señora.

—Y algunas veces me hace V. reir con sus tonterías.

—Estimando.

—Debe V. tener muy buen humor porque siempre escribe V. cosas de risa. A Vdes. los escritores les tiene sin cuidado el mundo y las obligaciones...

—Sí, señora, y la delicadeza y todo. ¡Somos así! Unos perdidos.

—¡Já, já, já!

Otras veces viene un señor grave, de esos que han hecho su fortuna con el ceño fruncido y el gaban de pieles, y nos dice:

—Hombre, he leído lo que escribe V. en los periódicos ¿Cuándo va V. á hacer algo serio?

—¿Quiere V. que me dedique á redactar una ley de Pósitos?

—No digo eso; pero bien podía V. pensar un poco más hondo.

—¡Como no me meta en la tinaja!

Los seres graves desprecian profundamente el género festivo, este género baladí é insignificante que «hacemos jugando», como aseguran ellos.

Hay otra clase de admiradores que nos detienen para decirnos:

—Le leo á V. con frecuencia. ¡Bien! ¡Perfectamente! Pero, amigo mio, hay días que no está V. para escribir chistes.

—Es natural. Nunca faltan disgustos.

—¿Disgustos? Pero ¿tiene V. disgustos?

—¿Por qué no?

—Yo creí que con ese caracter ligero no podría V. fijar la atención en las penas.

—¡Claro! ¿Qué idea tiene V. de los escritores festivos? Supone V. que se pasan la vida tocando la guitarra ó jugando á la gallina ciega con sus chiquitines?

—¿Pero tiene V. chiquitines?

—Sí, señor.

—¡Qué atrocidad!

—¿Qué? ¿Tampoco se nos permite tener familia?

—No digo eso, sino que ¡como siempre está V. tan divertido!..

—En efecto, no puede llegar á mayor altura nuestra diversión.

Aquí, donde es necesario escribir un par de artículos al día para poder pagar al casero y comprar zapatos á los niños, comprenderá el lector lo divertidos que somos.

—Señorito: el casero.

—Señorito: el aguador.

—Señorito: la lavandera.

¿Puede haber cosa más divertida?

Y no contemos los disgustos de la suegra, ni las alteraciones de la salud, ni la apetencia exagerada de los niños...

Por eso, cuando viene alguno á decirme en la calle:

—Hombre, el último artículo de la *Pandereta* le ha salido á V. flojo...

No puedo menos de volver los ojos á mi pasado y murmurar con lágrimas de arrepentimiento:

—¡Justo Dios! ¿Por qué no me habré dedicado á presbítero?

LUIS TABOADA.

OTRO TIPO

Ya sabe todo el mundo
que es una maravilla
Dolores la horchatera,
la nata de Sevilla.

Los brazos remangados,
los labios incitantes,
los ojos seductores,
rascados, fulgurantes...

Y así lo dicen todos
los mil consumidores
que beben en verano
la horchata de Dolores.

Distintos pajarracos
de edades y fortunas
que dicen a su oído
piropos y tontunas

y agotan el ingenio
buscando la manera
de que de amores caiga
rendida la horchatera.

Los viejos remolones
pintados y teñidos
que olvidan sus deberes,
de padres y maridos,

los niños de la escuela
sin pelos en la cara
que siguen á una moza
por ver á donde para
y luego en los corrillos



VIVIR PARA VER
CUADRO DE CHAPLIN



—No te incomodes; es mi hermano. Por cierto que me estaba dando quejas porque apuras mucho las colillas.



—Mamá, has estado imprudente; no debiste entrar.
—Como se le apagó el cigarro y pidió que me lo encendiera, entré con la caja de cerillas.....
Para eso me basto yo.

las echan de Tenorios
hablando de conquistas
y hablando de casorios.

Los pillos de remate
que husmean tras la caza
y asaltan temerarios
los muros de la plaza.

Imberbes colegiales,
terribles seductores...
tal es la peligrosa
parroquia de Dolores.

La hermosa sevillana
aguanta firme el fuego
y á todo el que se atreve
le trata con despego.

Ni dádivas, ni flores
le dan á Lola un pito,
ni ablandan un instante
su pecho de granito.

Sonríe bondadosa,
bromea cuando quiere,
pero no puede nadie
saber á quién prefiere.

Y así tan fresca y guapa
viviendo va Dolores,
guardando las propinas
de sus admiradores.

Y así la falda luce
planchada, limpia y hueca,
y al verla tan airosa
el más doctrino peca.

¡Dá gusto ver á Lola
vencer las asechanzas
matando con desdenes
nacientes esperanzas!

Y al borde del peligro
que ofrece siempre el oro,
se ríe de los necios
y salva su decoro!

¿Qué fuerza poderosa
la anima y la sostiene?
¿Cuál es la idea fija
que en su defensa viene?

Por fuerza un amorío
el alma la enagena
y sigue siempre firme
y sigue siempre buena.

Si no, ¿cómo una chica
tan fresca, tan hermosa,
que debe á todo el mundo
mostrarse cariñosa

resiste los halagos,
las dulces tentaciones
de tantos como llevan
infames intenciones?

Sin duda un bravo mozo
que no será un cualquiera
logró con gran trabajo
rendir á la horchatera.

Y es cosa de envidiarle
subiéndose á la parra,
pues debe ser dichoso
con hembra tan bizarra.

Ayer la ví en la calle
¡lindísima por cierto!
el brazo de un chulapo
¡badillo y tuerto.

¡Imará el afortunado
Confíe sus amores?
¡no entíe vencido,
á la Dolores!

SINESIO DELGADO.

LA FAMILIA DE D. SERAFIN

¡Cuánto cómpadezco á D. Serafin!

El pobre debió nacer en martes y en día trece.
Toda su vida ha sido una larga cadena de
desgracias.

El eslabón mayor fué su matrimonio con doña
Nicasia, viuda de un capitán... de milicianos.

D. Serafin y D.^a Nicasia tuvieron dos hijas
gemelas; Ursula y Brigida.

Segun fueron creciendo fueron afeándose, y
lo que es peor, desarrollando un genio que me
rio yo de Luzbel y de todos los demonios del in-
fierno. D.^a Nicasia no les iba en zaga á sus hi-
jas.

Al presentar esta familia á nuestros lectores
en el actual momento histórico, Ursula y Brigi-
da tienen treinta y cinco años ¡dos jamones! y su
mamá cincuenta y cuatro ¡jamón y medio!

Las tres señoras estas tienen el instinto de la
destrucción y lo paga D. Serafin.

No hace muchos días este pobre hombre
com ró una escribanía, dos botellas de tinta,
una caja de plumas y un juego de libros que ne-
cesitaba para el escritorio.

Llevó todas las compras á su casa por la ma-
ñana. Cuando volvió al mediodía, ya su señora
había estampado las botellas de tinta en la cabe-
za de la criada y las niñas habían arrojado por
la ventana los libros á unos estudiantes que las
habían llamado feas.

Al día siguiente compró el mismo pacientísi-
mo señor una docena de sábanas que se necesi-
taban en casa, y Ursula las destrozó con los
dientes. No por que se hubiese vuelta rabiosa,
sino porque su hermana la había comido una
patata que había puesto á cocer.

Unos polisonos que les regaló el padre el día
de su cumpleaños, fueron pisoteados á la media
hora de ponérselos, el uno porque abultaba poco
y el otro porque abultaba demasiado.

Para colmo de males, un hombre muy valien-
te ¡un médico! se atrevió á hacer el amor á las
hijas de D. Serafin y se lo hizo por partida do-
ble.

Allí fué de ver el conflicto.

D. Nicomedes, que así se llamaba el galeno,
tan pronto hacía cocos á Ursula como guiños á
Brigida.

Tampoco hubiera desdeñado á la mamá, pero
le asustaba el bigote sin afeitar que usaba la
ex-capitana... de *militronchos*.

Este amor *bis* produjo una guerra mortal y
sin cuartel entre las dos gemelas.

Como las dos se tenían recíprocamente miedo,
se vengaban de sus disgustos amorosos en los
muebles de la casa, en las compras de D. Sera-
fin y en las trenzas de la criada, de las cuales
tiraban como si fuese del cordón de una cam-
panilla.

Un día las niñas ¡aquel par de fenómenos!
quisieron obsequiar á D. Nicomedes con motivo
de acercarse sus días.

Como eran gemelas, á las dos se les ocurrió la
misma idea.

—Papá—dijo Ursula—cuando salgas cómprame un pañuelo de hilo.

—Y á mi también—agregó Brigida.

D. Serafin compró dos pañuelos que daban la
hora, como él decía, y se los entregó á sus hi-
jas, completamente convencido de que al cuarto
de hora no quedaría de ellos ni una hilacha.

¡Cuál fué su asombro al ver á las dos niñas... hasta cierto punto, trabajando sobre la tela!

Es que ambas querían excederse á sí mismas, para complacer á D. Nicomedes.

Trabajaron como negras (y lo eran un poco) durante tres días y concluyeron la faena.

El día de su santo se presentó D. Nicomedes.

—¿Qué tal, amigo doctor, cómo prueba? le preguntó D.^a Nicasia.

—Muy bien; acabo de asistir á tres enfermos del tifus.

—¡Zapateta!—exclamó D. Serafin.

—Yo me voy, por si acaso—dijo su esposa.

Y efectivamente se marchó.

Las niñas que no temían al tifus, se acercaron cada una con su regalo al sofá donde se había sentado el matasanos.

—Aquí tiene V. un pañuelo con iniciales que le he bordado estos días,—dijo Ursula.

—¡Tantísimas gracias!

—Vea V. el mío, que le he bordado á V. para solemnizar su santo—agregó Brígida.

—¡Tantísimas!.....

—No es por alabarme—replicó la primera;—pero el mío está mucho mejor trabajado.

—¿Qué ha de estar?—respondió la otra. ¡Si parece hecho con un mondadientes!

—¡El tuyo sí que es un buñuelo!

—¡Pero, señoras!... dijo el médico.

—¡Hijas mías!—repuso D. Serafin.

—Nada—vociferó Ursula—no vale dos cominos y está hecho con los piés.

—Pues ¿y el tuyo?

—Mira lo que hago yo con ese adefesio.—Y diciendo y haciendo cogió Ursula el pañuelo de su hermana y lo hizo pedazos.

Está hizo lo propio con el de Ursula.

De los pañuelos pasaron á las greñas, y se pusieron de arañazos que no había más que ver.

En esto entró su madre, y por querer separarlas, recibió tres bofetadas.

Entonces D.^a Nicasia comenzó á sacudir á diestro y siniestro alcanzándole á D. Nicomedes con tres sopapos.

Este dió cuatro ó cinco palos sobre el montón, para vengarse, y luego desapareció de aquella casa para no volver á poner los piés en ella.

Mientras el doctor huía, D. Serafin logró poner la paz entre aquellas tres fieras.

Y aquella familia se fué á dormir, no con la tranquilidad del justo, sino nerviosa y cariacontecida.

Al día siguiente salió D. Serafin y volvió á los pocos momentos.

Reunió á su mujer é hijas, y enseñando un roten magnífico que acababa de comprar, les dijo:

—Señoras diputadas: Hasta este momento he sido una víctima; desde hoy cambian las circunstancias. Todo cuanto os he comprado lo habeis roto. Ese furor, ese espíritu de destrucción ha despertado el mío. Nunca he roto nada, ni siquiera un plato. Hoy vengo dispuesto á romperos este bastón en las costillas si no cambiáis de manera de ser. ¡Ya lo veis! Es un roten superior... Pues os brearé con él á poco que lo merezcáis... Y ahora, tú, Nicasia, á la cocina, y vosotras niñas, á trabajar. He dicho.

Desde aquel día la casa de D. Serafin es una balsa de aceite.

Y el roten no ha tenido que estrenarse todavía.

DANIEL ORTIZ.

IMITACIÓN DE BECQUER

Despegué mis párpados
haciendo un esfuerzo:

—quien se acuesta tarde
tiene mucho sueño;—
me vestí de prisa,
sentéme en el lecho
y sólo en el aula
fijé el pensamiento.

Miré con angustia
la vela de sebo
que tétrica ardía
en el aposento;
porque vislumbraba
entre sus reflejos,
pálidos fantasmas,
lúgubres espectros.

Venciendo pereza
púseme el sombrero
cuando aparecía
en Oriente Febo.
Me salí á la calle
confiando y temiendo,
llevando en el alma
horror y deseo,
y ante aquel contraste
medité un momento:
¡qué cosa tan triste
es salir suspenso!

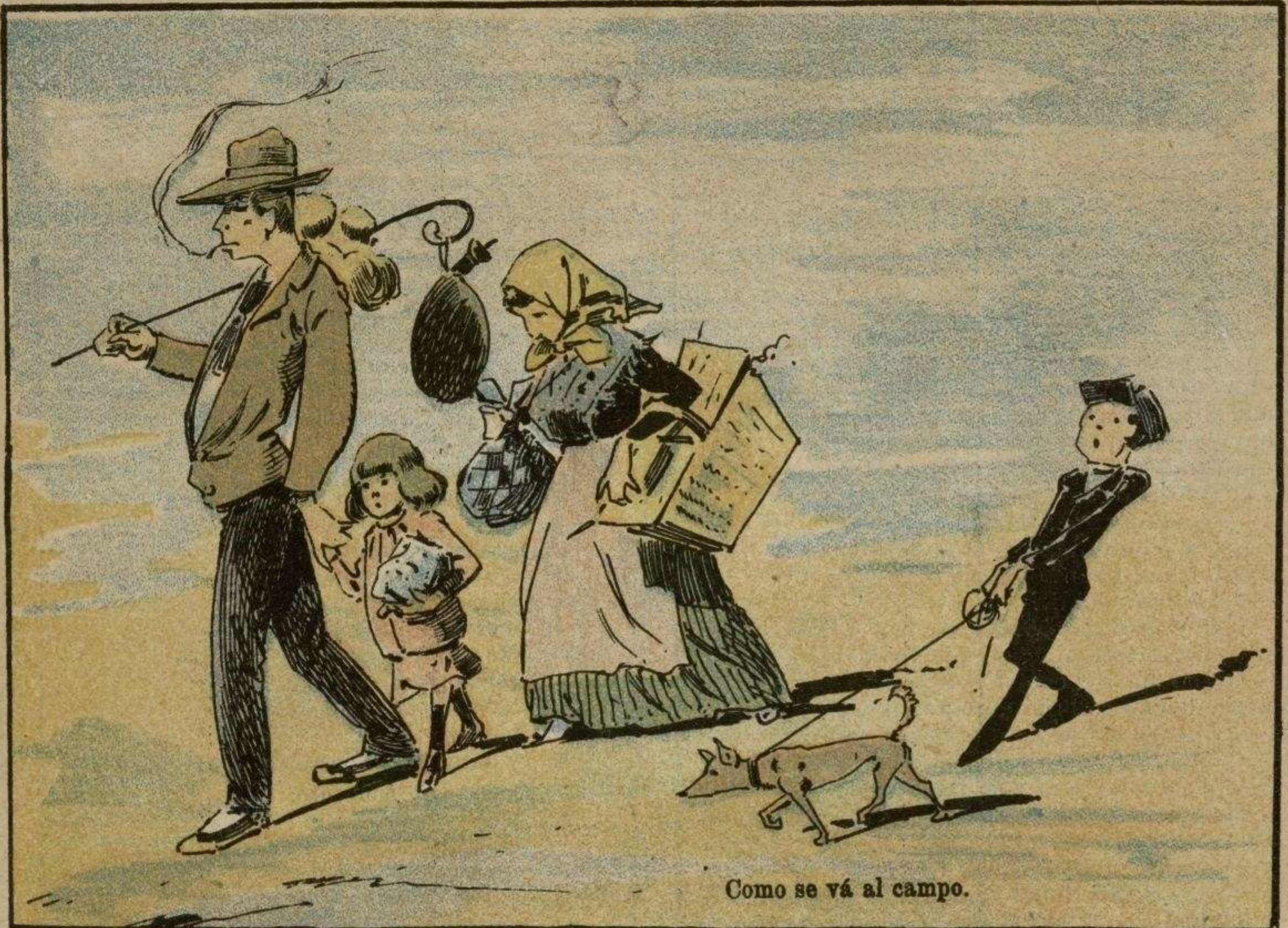
Del deber en aras
recorrí el trayecto
que me separaba
del augusto templo
en donde radica
de la ciencia el centro:
iba á examinarme
de Civil Derecho.

Al dar de las siete
el golpe primero,
vi del edificio
el terrible aspecto;
atravesé el átrio,
saludé al portero,
y en cortos instantes
encontréme dentro.

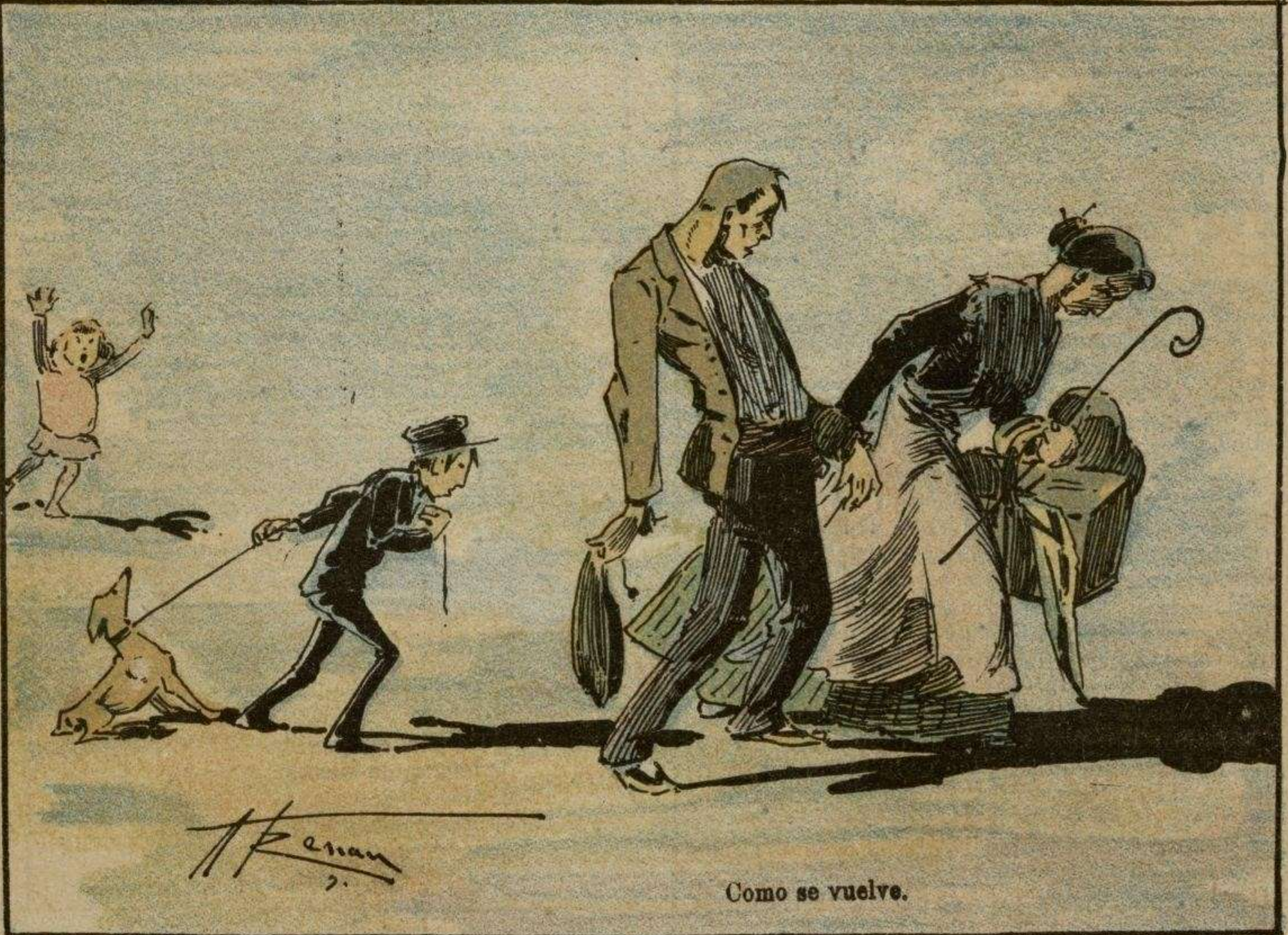
Los pasos se oían
de algún compañero
que acaso estudiaba
en el otro extremo;
yo á nadie veía
y el claustro desierto
meditar me hizo
tan solo un momento:
¡qué cosa tan triste
es salir suspenso!

De una campanilla
de lengua de hierro
anunció llegaba
el fatal momento:
penetramos todos
de esperanza llenos,
haciendo un saludo
á los jueces serios.

Al fin me llamaron,



Como se vá al campo.



Como se vuelve.



Azules (de sangre).

Rojo.

Blanco.

Rosa.

Negro.

se oprimió mi pecho,
me acerqué á la mesa
y ocupé un asiento.
No dí pié con bola,
no dije... ni esto:
que me revolcaban
todos comprendieron.

Lo que me temía
sucedió, en efecto:
miré al catedrático
perderse á lo lejos.
Todos me decían
«de veras lo siento,»
mientras meditaba
para mi colesito:
¡qué cosa tan triste
es salir suspenso!

En los largos días
de Mayo poético,
cuando hablar de exámenes
á cualquiera observo
y pienso se acerca
el instante fiero,
de la fatal nota
á solas me acuerdo.

Allí permanece
para mi tormento,
allí constituye
mi baldón eterno.
No pueden borrarla
—fuera vano empeño—
la tierra ni el aire,
el agua, ni el fuego.

¿Iré á examinarme?
¿saldré mal de nuevo?
¿Tendré en mi carrera
algún otro vuelco?
No sé; pero hay algo
que á explicar no acierto.
que me infunde siempre
un terrible miedo,
al pensar tan sólo
que salí suspenso.

JESÚS DEL VALLE.

MISCELANEA

El lenguaje de las flores ha pasado ya de moda y ahora empieza á estar en boga el de las piedras preciosas.

Todas ellas corresponden á un mes del año y cada una ejerce su influjo en la época indicada.
Enero.—El jacinto: constancia y fidelidad.
Febrero.—La amatista: paz del corazón.
Marzo.—La sanguinaria: valor y discreción.
Abril.—El diamante: inocencia ó arrepentimiento.

Mayo.—La esmeralda: amor venturoso.
Junio.—La ágata: salud prolongada.
Julio.—El rubio: olvido de las penas.
Agosto.—La sardínica: felicidad conyugal.
Setiembre.—El záfiro: predisposición á la locura.
Octubre.—El ópalo: esperanza en la desgracia.
Noviembre.—El topacio: amistad.
Diciembre.—La turquesa: dicha inalterable.

Nota.—Escusamos decir que los redactores de LA SAETA no usamos el lenguaje de las piedras preciosas.

—San Pablo, hija mia, dice que es bueno casarse, pero que es mejor no hacerlo.

—Mira, papá, hagamos nosotros lo bueno, y dejemos que los santos hagan lo mejor.

—No hay ninguna mujer fea en el mundo—decía un pollo en una reunión —porque todas ellas tienen en sus facciones alguno de los dones de Venus, y en fin, son ángeles caídos del cielo.

—Segun eso —contesta una jamona muy chata ¿yo he caído también del cielo?

—También. Solo que V. ha caído de narices.

—La mujer de D. José, segun ayer me contaron, se abrasó con un quinqué

—¿Y luego?

—¿Luego?

—Si, á fé.

—Pues bien, luego... la enterraron.

Entre amigas.

—Tengo ganas de hacerme un buen vestido de invierno; pero no me atrevo á pedirle dinero á mi marido.

—¿Quieres que se lo pida yo?

Ahora sí que D. Gimeno saldrá de sus mil apuros; tiene un destino muy bueno y le señalan dos duros.

Aunque los que esto propalan afirman con mucho afán que solo se los señalan, pero no que se los dan.

Don Crisanto va al Circo.

Una familia de acróbatas hace la escala humana. Un mocetón vigoroso soporta el peso de la pirámide.

—Si yo tuviese una hija —dice D. Crisanto á su vecino —se la daría gustoso á ese joven. Me gustan los hijos que sostienen á su familia.

De una tienda de tabacos pusieron en la portada este rótulo: *El Buen Genio, puros de la mejor pasta.*

Probé, y efectivamente, vi que *El Buen genio* no engaña, porque vende unos cigarros que no se quemán por nada.

—Yo creía que un marido era otra cosa —me decía una joven recién casada con un viejo.

Erratas.—Al pie de un dibujo del número pasado habíamos puesto:

—Chica, serás infeliz con D. Luis, es hombre serio, ¡y luego, tiene un imperio!...

—Mejor, seré emperatriz.

Como los cajistas en vez de «imperio» han puesto «infierno» no hay demonio que lo entienda.

Otras hay también, pero son de menor cuantía.

SEMBLANZAS CONTEMPORÁNEAS

À VUELA PLUMA

Segunda serie.—Introducción

Llega à mi conocimiento, que un *percebe-literato* desprovisto de talento, ha visto con sentimiento que hiciera yo su retrato.

Y que, con presteza suma, tomando en serio mis chanzas, con la ira que le abrumba trata de esgrimir la pluma en contra de mis semblanzas.

¡Bravo! ¡Me gusta la idea! y, aunque alguno no lo crea, espero ver cómo chilla y cómo me vapulea ese *autor...* de pacotilla, é invito à todos los que crean apasionamiento las *bromas* que publique, à que sigan, ce por be, el mismo procedimiento.

Y en tan estraña cuestión despertando el interés de la pública opinión, ¡veremos todos quién es el que lleva la razón!

BALAGUER (Victor)

Tres ó cuatro mil volúmenes lleva, lo menos, escritos de sus obras, ¡y aun no sabe medir un endecasílabo!

BARRANTES (Pedro)

El libro en que ha publicado sus mejores poesías, es en la literatura un modelo... de inmundicia.

BERNED (José Adan)

Con satisfacción intensa, aunque pese à más de cuatro, à Adan se admira en la prensa lo mismo que en el teatro.

REINA (Enrique Ruiz)

Sus cursis composiciones son tan dulces, tan patéticas, tan sentidas, tan llorosas, tan sensibles y tan tiernas, que si las piedras las leen... ¡hacen reír à las piedras!

RUEDA (Salvador)

—Dicen que Salvador Rueda vá à publicar otro libro...
—¡Horror! ¡Sálvese el que pueda!

JUAN URIOSTE SOTO

(Continuará)

ADVERTENCIA

Continuamos preparando el número extraordinario, que corresponderá al 52 de esta colección. El precio, como hemos dicho, no excederá al de los números ordinarios.

Además, queremos proporcionar otra ventaja à nuestros continuos favorecedores. Cuando se publique el citado número extraordinario, el que presente uno de estos números en el kiosko n.º 5 de la Rambla, podrá obtener por dos reales solamente, una copia del magnífico cuadro de Enrique Serra titulado *El Botín de guerra*, grabada por los afamados artistas Kaeseberg y Oertel.

A nuestros favorecedores de fuera de Barcelona, 3 reales.



K. K. O.—Timador ¿todavía se atreve V. à enviarme más latrocinios?

S. L. (Madrid).—Lo publicaré.

Charla-Parla (Madrid).—Ya estaban en la imprenta. Saldrán.

J. U. S. (Madrid).—Publicaré lo que envía. No puedo complacer à V. en lo que me pide porque rompí el original, como hago con todo lo que no puedo insertar, y no tengo presente el nombre.

E. M. (Madrid).—El articulito dice bien poca cosa. Lo otro envíelo y veremos.

J. R. G. (Villafranca de Montes de Oca).—Vaya si lo publicaré. El otro encargo se lo pasaré à la administración.

Lucifer.—Veré de aprovechar alguno, aunque no respondo.

Teodorito.—Lo publicaré, aunque el género no me gusta mucho.

A. F.—Dígame V. ¿de veras no ha salido V. de S. Baudilio?

L. A.—Irà.

J. C.—Amigo mio, V. no es poeta ni lo será.

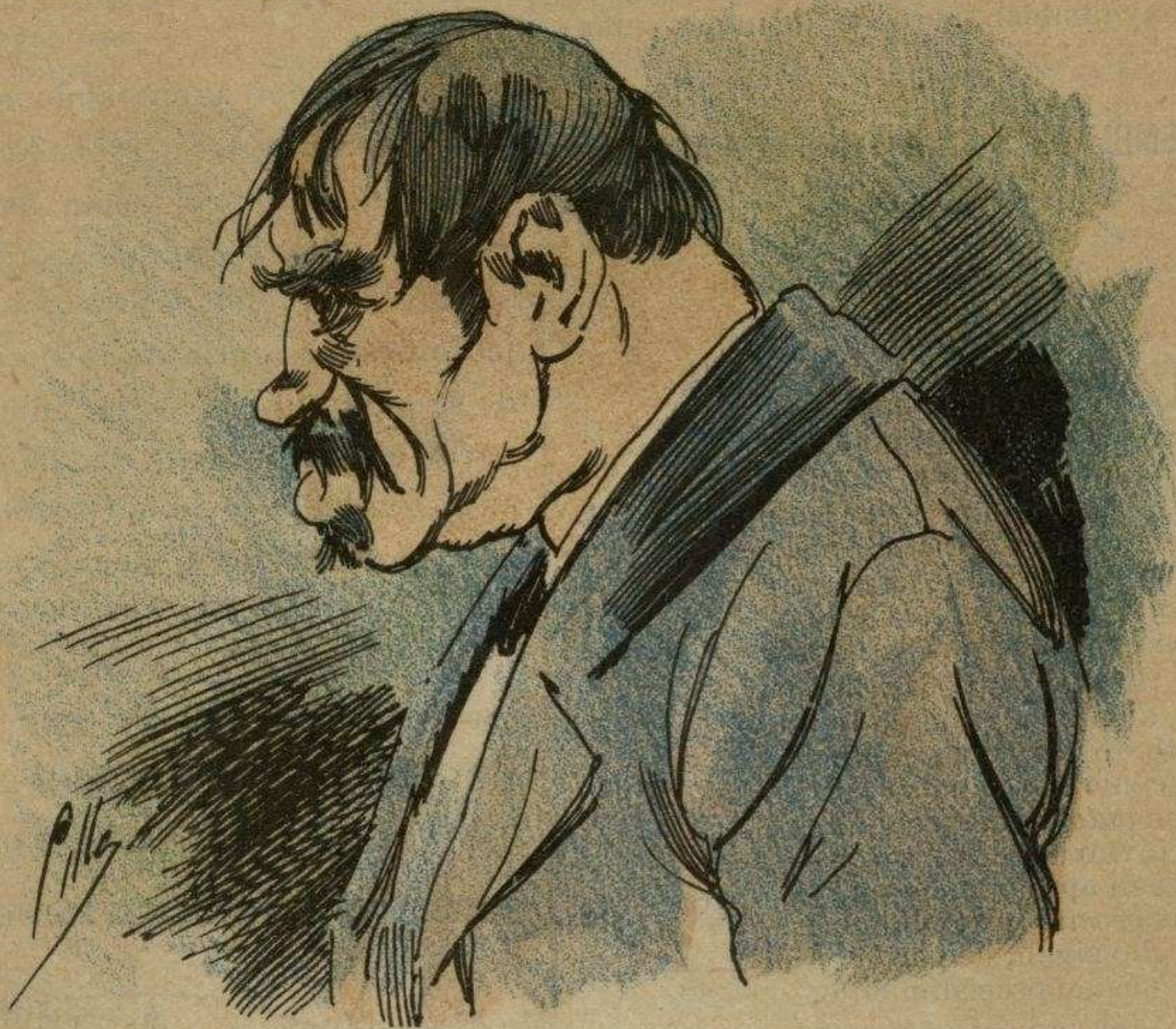
Un Guisoleense.—Tenga V. un serrallo como el Sultán de Turquía pero téngalo en mejores versos.

Petrus.—Es V. bastante malito, y sobre todo, muy pornográfico.

V. H. B.—Como ensayo no está mal, pero todavía no llega à la talla.

Cucufate.—Irà más adelante.

J. M. de B.—No sirve.



—A mí me estropearon la carrera con mandarme á presidio á los 20 años y sacarme á los 50.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL
FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas.—Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.—Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cénts. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, Don Julián Rodríguez.—Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.